

Estelle Monbrun

La torre de Montaigne

Traducción del francés de
Susana Prieto Mori

 Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

Advertencia

El lector podrá, si así lo desea, consultar al final de la obra un glosario de los personajes y lugares de la novela.

*Para el indolente lector,
«a saltos y a zancadas»¹*

¹ Montaigne, *Ensayos*, libro III, 9, «De la vanidad»: «Gusto de la cadencia poética, a saltos y a zancadas. [...] Es el indolente lector quien se extravía de mi discurso y no yo». (*Todas las notas son de la traductora*).

I

*Julio,
en Saint-Michel-de-Montaigne*

Una bruma ligera, promesa de un día caluroso, se alzaba sobre las viñas que rodeaban el castillo de Montaigne y penetraba como una cinta translúcida en el camino ecuestre por el que antaño disfrutó paseando el autor de los *Ensayos*, seguido más tarde por su hija espiritual².

Los visitantes de su célebre torre solían quedar decepcionados al encontrar tan solo ese único vestigio, puesto que el edificio principal es una reconstrucción del siglo XIX, que mezcla diversos elementos de épocas anteriores, tras su destrucción por un incendio en 1885.

Sin embargo, a Saint-Michel-de-Montaigne siguen llegando cada vez más turistas para olfatear el aire peculiar de una «biblioteca» sin parangón, que conserva los rastros, pintados en negro en vigas y viguetas encaladas, de sesenta y seis máximas griegas y latinas —según las últimas estimaciones de los

² Se refiere a Marie de Gournay (1565-1645), literata y filósofa francesa que mantuvo una estrecha relación con Michel de Montaigne.

expertos— que entusiasman, por motivos diametralmente opuestos, tanto a especialistas en busca de palimpsestos como a autocares de extranjeros de paso en el camino que va de Burdeos a Saint-Émilion.

Aquella mañana, el joven estudiante contratado como guía para las vacaciones llegó temprano con el fin de ordenar la sala de recepción donde, antes o después de comprar una entrada para visitar la torre, podía catarse la cosecha Tradición Eyquem³. Sin embargo, antes de ponerse a ello, y para recompensarse por haber ido en bici desde el pueblo de al lado, decidió darse el gusto de recorrer la propiedad y se dirigió hacia el arco cubierto de rosas que daba al hermoso orden del jardín. Había llovido la víspera, lo que había ablandado el suelo y les había dado a los arbustos un color verde botella.

Y por detrás, al pie de la torre, en la calma inquebrantable de la incipiente luz de verano, descubrió el cuerpo desarticulado de un desconocido que parecía haber caído desde una de las ventanas más altas.

—¡Mierda! —maldijo para reunir el valor de acercarse al cadáver, cuya lividez contrastaba desagradablemente con una mancha roja que aureolaba la hierba tupida en torno a su cabeza.

Olivier había visto suficientes series de televisión como para saber que no había que tocar nada. Sacó un teléfono móvil del bolsillo de su vaquero y marcó a toda prisa un número de urgencias mientras pensaba que el rostro del muerto le recordaba vagamente a alguien.

Iba a tener mucho que contarle a su amigo Étienne⁴, que

³ La cosecha lleva el segundo nombre de Montaigne, Eyquem.

⁴ No es irrelevante que la autora haya elegido este nombre para un personaje que, a lo largo de la novela, cumple la única función de ser amigo de Olivier y de su hermano Max. Étienne era el nombre de pila de La

se había decantado por la naturaleza en lugar de la cultura y había elegido trabajar como guía en los Pirineos, alegando que las cabras le caían mejor que la gente..., y para olvidar una decepción amorosa que lo había llevado, al comienzo de las vacaciones, a recitar en bucle «Caiga sobre ti el oprobio, tú que fuiste la primera que me enseñó la traición...»⁵ hasta acabar aburriendo a los más pacientes. Dadas las circunstancias, se imponía un SMS, así que Olivier tecleó en la pantalla del móvil con destreza para informar al rechazado de que había en la vida cosas más importantes que la infidelidad de Caroline. Cosas como la muerte, por ejemplo. Como medida de precaución, puso en copia del mensaje a su hermano Max, que, por su parte, había optado por unas vacaciones familiares en la isla de Oleron, en plan tranquilo. Y, en cuanto a la moto que llevaba meses deseando..., otra vez sería.

En el momento mismo en que la voz incorpórea de un robot respondía a su llamada a la gendarmería conminándolo a tener paciencia, a Olivier le pareció que el pobre defenestrado encogía los dedos de la mano izquierda, como para indicarle que se acercase a él.

«Me recuerda...», reconoció Olivier.

Y se sonrojó al resurgir el recuerdo reprimido de la única vez que había infringido las consignas de seguridad y dejó que tres actrices pasaran la noche en la torre, a cambio de una efímera inclusión en su grupo para acudir después a un local en Burdeos donde solo se permitía la entrada a la élite. Habían llegado al anochecer, ataviadas con suntuosos ropajes del siglo XVI, y lo habían convencido de que les permitiese ensayar

Boétie, íntimo amigo de Montaigne, que encarna, en la cultura francesa, el arquetipo de la amistad.

⁵ Versos del poema «La noche de octubre» de Alfred de Musset (*Honte à toi qui la première / m'a appris la trahison...*).

su obra de teatro *in situ*. Él no participó en el espectáculo, sino que solo se quedó vigilando por si la luz de las velas en los quicios de las ventanas llamaba la atención de alguien que anduviera cerca. Ningún ruido escapó de los antiguos muros, y ellas dejaron el lugar horas más tarde, llevándose caballetes, cortinas, escobas y espejos. Al día siguiente, constató que todo estaba en su sitio y que no habían dejado rastro alguno de su paso; pero, contrariamente a su promesa, nunca volvieron a ponerse en contacto con él. El número de teléfono que le habían dado no existía. El muerto era la viva imagen de una de ellas. Pero nadie tenía por qué saberlo. Salvo su hermano Max, tal vez, a quien contaba todo desde siempre y al que se parecía como las dos proverbiales gotas de agua se parecen.